



MEGAN MAXWELL

OYE, MORENA,
¿TÚ QUÉ MIRAS?

*Oye, morena,
¿tú qué miras?*

Megan Maxwell

© Megan Maxwell, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Loa Studios - Shutterstock
© Fotografía de la autora: Carlos Santana

Primera edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-08-14954-5
Depósito legal: B. 94-2016
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Bailo...

Canto...

Me divierto...

Y, de paso, le hago ojitos a Greg, el guitarrista que toca en el escenario junto a mi amiga, la famosa cantante Yanira, y sé que tengo una buena noche por delante.

Estamos en Oregón, en la última ciudad de la gira musical de Yanira y, como Joaquín, mi ex, tiene a nuestra hija Candela —mi *Gordincesa* para mí— y yo tengo un par de días libres en el restaurante en el que trabajo, he cogido un vuelo y me he venido para estar con Yanira.

Mientras la veo cantar y moverse con sus bailarines, sonrío. ¡Pero, qué bien lo hace, la *jodía*!

Aún recuerdo sus comienzos cantando por los hoteles de Tenerife y después en el barco donde conoció al increíble Dylan, el hombre de su vida.

Y ahora, ¡mírala!, es toda una estrella a nivel mundial y yo estoy muy pero que muy orgullosa de ella.

Aisss, mi tulipana, ¡si es que vale mucho..., mucho..., mucho!

Greg me mira de nuevo. Qué sexi está esta noche con ese chaleco sobre la camiseta. Ambos nos entendemos sin hablar. No es nuestra primera noche juntos, ni tampoco será la última, pero si algo tenemos claro los dos es que, una vez el sexo se acaba, él sigue a lo suyo y yo a lo mío. Cero complicaciones.

Parece mentira que actualmente piense así, ¡pero es lo que hay!

Yo, que era la tía más romántica del mundo mundial y la que más creía en los cuentos de hadas, después de que la vida me diera un par de reveses fuertecitos en cuanto al género masculino se refiere, he terminado por creer que el romanticismo y todo aquello por lo que siempre he suspirado es cosa de las novelas que

tanto me gusta leer y de unos pocos afortunados entre los que yo no me encuentro.

Sé que ciertas personas a las que ni siquiera tengo el placer de conocer me critican. Pobrecita, mi madre, qué mal lo pasa en ocasiones cuando le llegan rumores a Tenerife. Pero a esos criticones resentidos que no les parece bien lo que hago ni cómo respiro, sólo les digo: ¡que os den por donde amargan los pepinos! Oséase, por el culo.

Y si digo esto es porque la vida es muy corta para vivirla sufriendo y preocupándose por lo que pensarán los demás. La vida hay que vivirla y disfrutarla porque mañana te cae un ladrillo en la cabeza y te vas a criar malvas para el resto de la eternidad.

Por tanto, y visto lo visto, he llegado a la conclusión de que, viendo a mi hija feliz y a mis amigos y a mi familia, el que éste o aquél me vea ordinaria, malhablada o mala persona no me va a restar un segundo de felicidad, porque tengo muy claro que, mientras ellos pierden su vida hablando de mí, yo vivo a tope y disfruto de los buenos momentos.

Y los disfruto porque, desde que dejé al idiota de Toño, que fue el novio con el que más tiempo estuve, por mi vida han pasado diferentes tipos de patanes que me han hecho darme cuenta de que en lo que al sexo se refiere debo pensar primero en mí, luego en mí y después en mí otra vez y, por supuesto, olvidarme del romanticismo. Oye..., que cada palo aguante su vela. Yo, con blindar mi corazoncito, pasarlo bien y cuidar a mi hija, ¡voy ser-vida!

Y digo que voy servida porque, tras el batacazo que me llevé con Joaquín, el padre de mi niña, Candela, no quiero volver a sufrir. Me ilusioné, me abrí totalmente a él y, ¡zas!, me dejé los dientes contra el suelo, aunque reconozco que es un buen padre y en cierto modo un buen amigo hoy por hoy.

Por suerte, Joaquín y yo no llegamos a casarnos. Dios, la de veces que habré soñado con mi boda desde que era una adolescente... Pero sí, por soñar, tengo hasta una foto guardada del vestido de novia más bonito que he visto en mi vida y que por supuesto nunca luciré.

Recuerdo que cuando conocí a Joaquín, el padre de mi Gordincesa, en el restaurante donde los dos trabajábamos, me noqueó.

Y no me noqueó por lo bueno que estaba, ni por los bíceps que tenía; al revés, Joaquín es el «anti» todas esas cosas. Vamos, que todavía me pregunto: ¿qué me llamó la atención de él? Porque, seamos sinceros, yo no soy gran cosa, soy más bien tirando a normalita, pero me gustan los tipos altos, grandotes y sexis, y Joaquín es calvete, bajito y hasta, si me apuras, podría decir que rechonchillo. Aun así, reconozco que, hasta que nació nuestra pequeña, él, absolutamente todo él, me volvió loca con sus atenciones y su cariño.

Pero, claro, por desgracia, en el amor debo de ser un cero a la izquierda, y fue nacer Candela y el Joaquín atento y cariñoso que me hacía gritar en la cama «¡Viva Perú!» se esfumó y sólo quedó entre nosotros una bonita amistad, además de una preciosa hija por la que repetiría paso por paso nuestra relación.

Mi peruano pasó de ser un hombre que me miraba obnubilado a convertirse en un hombre que no me miraba en absoluto. Pasó de besarme apasionadamente a preferir dormir abrazado a la almohada con pasión. En definitiva, dejé de ser la mujer de su vida para él, lo asumí, y cada uno tiró por su lado. Era lo mejor para los dos.

Eso sí, cuando me separé, me sucedió como cuando me separé de Toño. Pasé de ser la tía más fiel del mundo a la más loca en lo que a relaciones sexuales se refiere, y desde entonces he gritado «¡Viva Hawái!», «¡Viva México!», «¡Viva Canadá!» y muchos vivas más, porque he querido y porque, ¡qué narices!, estoy soltera y con mi cuerpo ¡hago lo que quiero!

No debo rendirle cuentas a nadie, y reconozco que es un gustazo poder hacer lo que me apetece en todo momento, aunque cuando miro a mis amigas y las veo con sus maridos, tan felices y enamoradas, una punzadita de celos me corroe por dentro.

Pero no quiero novios...

No quiero promesas...

No quiero que nadie más vuelva a romperme mi maltrecho corazón...

Y, por ello, he decidido fijarme en tipos como Greg, que pasan de todo, a los que les importa un pimiento lo que piensen de ellos y, en especial, lo tienen tan claro como yo y...

—Ehhh —protesto al notar un empujón.

Al volverme, veo a dos jovencitas de no más de veinte años con camisetas de la gira de Yanira gritar como histéricas. Las observo divertida; ¡qué loca es la juventud!

Instantes después aparece Andrew, el jefe de seguridad, y lo veo dar órdenes a unos muchachos para que refuercen la vigilancia. Cuando Yanira sale de gira, siempre lo contrata como jefe de seguridad, y yo, siempre que voy a algún concierto, lo veo y disfruto de las vistas que me proporciona.

Sin tiempo que perder, agarro a las dos jovencitas que van a salir al escenario a tirarse sobre mí Yanira y una de ellas intenta darme un derechazo en la cara para soltarse. ¡Será...! Por suerte, lo esquivo y la muy tonta estrella el puño contra una viga. ¡Que se jorobe!

Estoy lidiando con las dos fieras cuando llega hasta nosotras Andrew seguido por dos gorilas. Dios santo, ¿por qué me gusta tanto este hombre?

Rápidamente, los gorilas se hacen cargo de las histéricas chicas y se las llevan. A continuación, Andrew me coge de la barbilla y, mirándome con profesionalidad, pregunta:

—¿Te han hecho daño?

—No. —Sonrío mientras me deshago por dentro.

Andrew me pone. Me pone mucho, pero disimulo. No quiero que se dé cuenta de la tonta debilidad que siento por él.

—¿Seguro? —insiste.

Me río. ¡Ay, qué mono!

—Sí, tranquilo —afirmo—. Estoy perfectamente.

Andrew me mira, busca en mi rostro alguna marca y, al no verla, siento que respira aliviado. Soy la mejor amiga de Yanira, su jefa, y no querrá quejas por mi parte, cuando en realidad mi única queja es que no me hace ni caso y me pone tonta.

Aún recuerdo la primera vez que reparé en él.

Estábamos eligiendo los vestidos de novia de mis amigas Ruth

y Tiffany y él vigilaba la puerta de la tienda. Recuerdo que fue mirarlo y un extraño calambre me recorrió el cuerpo, y hasta que me acosté con él no paré.

Soy así. Clara y directa.

Como estoy sin pareja, si un hombre me gusta me permito el lujo de hacer lo que me da la gana, porque en mi cuerpo sólo mando yo. Sin embargo, en esa ocasión Andrew me dejó muy clarito, ya antes de..., que, una vez acabada la noche, no repetiríamos, y yo acepté. Nunca pensé que fuera a arrepentirme tanto de haber aceptado.

Pero, claro, está visto que lo imposible, lo difícil y lo inalcanzable es lo que más morbillo me da y suele gustarme más. Soy así de complicadita.

Después de aquella gloriosa noche, él nunca más volvió a acercarse a mí del modo que a mí me habría gustado. Simplemente es agradable conmigo cuando me ve y me respeta por ser la mejor amiga de su jefa y de Ruth, una amiga común y cuñada de Yanira.

De pronto, salen del escenario varias bailarinas del espectáculo y, en el momento en que una de ellas, la pelirroja, pasa por nuestro lado, Andrew la mira, sonrío como un canalla y le pregunta:

—¿Y bien?

Ella sonrío también, pestañea y, acercándose cual loba a él, afirma sin importarle que yo esté entremedias:

—La respuesta es sí.

Andrew asiente. Observo cómo, sin tocarla, la pone cardíaca y finalmente dice:

—Habitación 438. Te espero.

La pelirroja sonrío y se marcha corriendo para cambiarse de vestuario mientras mi amiga Yanira, en el escenario, canta una preciosa balada y yo acabo de enterarme del número de la habitación de Andrew y estoy por comprarme una peluca pelirroja, encerrar a aquélla en algún lado y acudir en su lugar.

¡Vaya tela..., vaya tela!

Y como soy, como dice Yanira, una bocachancla y no puedo mantener el piquito cerrado, pregunto:

—¿Repitiendo?

Andrew sonrío. Entiende perfectamente lo que pregunto, y señala con chulería:

—Nunca repito.

Luego, sin mirarme, sigue con los ojos a la pelirroja. ¡Será descarado!

En ese instante, otro de sus gorilas se acerca a nosotros y comienza a hablar con él.

Sin cortarme un pelo, porque yo también soy una descarada, lo escaneo con la mirada. Andrew es alto, fibroso, moreno, pelo larguito y unos ojos oscuros que, como diría mi amiga Charo, de Sevilla, ¡quitan *tó er sentío*! Tiene las manos grandes, las piernas largas y..., en fin, es que no le veo defectos. Bueno, sí, uno: que yo no le gusto.

—Si estás bien, me voy —me dice tras hablar con el gorila, que se marcha—. Hoy las fans de Yanira están descontroladas y me están dando muchos problemas.

Sonrío, él me guiña un ojo, da media vuelta y se aleja de mí con esos andares tan particulares que tiene, que parece que acaba de bajarse de un caballo.

Sin ningún tipo de disimulo, lo sigo con la mirada.

Dios, cómo me gustan esas vistas y su chulería al caminar.

Pero, como soy una tía que se quiere, se valora y no desea sufrir, una vez desaparece el caramelito, decido no comerme la cabeza con cosas que nunca serán posibles y vuelvo a mirar a Yanira y a Greg y comienzo a bailar dispuesta a pasarlo bien.



Claridad...

El sol entra por la ventana del hotel y, tras apartar las sábanas, me desperezo desnuda mientras hago la croqueta encima del destartado colchón.

—¡Ohhh..., qué gustitooooooooo!

Abro los ojos, estoy sola en la cama y sonrío. Greg se ha marchado a su habitación, y suspiro al pensar en lo bien que me lo he pasado con él esta noche.

El sexo sin amor me resulta muy gratificante. Mientras lo practico, disfruto, me preocupo por mí, sólo por mí y, cuando la cosa acaba, el invitado se va a su camita y toda la cama queda para mí. ¡Solamente para mí!

De pronto comienza a sonar el tono de llamada de mi teléfono con la voz de mi hija, que canta: «Mami..., mami..., mami..., te *dama* papi..., papi..., papi. Mami..., mami..., mami..., te *dama* papi..., papi..., papi».

Sonrío. Candela es mi amor y el motor de mi vida.

Mi Gordincesa de dos años y medio es lo más salado que hay sobre la faz de la Tierra. Está con su padre en Los Ángeles, y rápidamente cojo el teléfono y oigo a Joaquín preguntar:

—Hola, Coral; ¿sabes a qué hora vendrás a por Candela esta tarde?

Oír eso me sorprende. No hace ni veinticuatro horas que está con la niña y ya me está preguntando cuándo regreso a por ella.

—Joaquín, no me he levantado todavía —respondo mientras me siento en la cama—. Además, creo que...

—Escucha —me corta—, cuando vengas a buscarla, aparca el coche y sube a mi casa porque tenemos que hablar.

Oh..., oh... Me inquieto al oír eso y pregunto despertándome del todo:

—¿Candela está bien?

—Sí..., sí, tranquila. Está con Agustina y está perfectamente.

—Joder, Joaquín —le reprocho llevándome la mano al corazón al enterarme de que mi hija está con la novia de él—. Qué susto me has dado.

Oigo cómo sonrío. Lo imagino sonriendo mientras mira al suelo como siempre hace.

—Tranquila —dice—. Pero cuando vengas a recogerla quiero hablar de un par de cosas.

—Vale..., vale... Aparcaré y subiré. Pero no creo que llegue antes de las seis. Hasta luego.

Una vez cierro mi móvil, suspiro y me tranquilizo. Mi niña está bien. Sonrío. Sé que Joaquín la cuida y la quiere tanto como yo, y que Agustina, su novia, también.

Me levanto trabajosamente y recojo del suelo las bragas, el sujetador y el vestido que llevaba anoche mientras sonrío con placer. Lo dejo todo sobre la cama y me voy directa a la ducha.

Al entrar en el baño, me miro en el espejo. Vaya pinta que tengo de haber tenido una noche movidita en cuanto al sexo se refiere.

Riéndome estoy cuando, de pronto, algo llama mi atención y murmuro horrorizada observando mi cabeza:

—Joder..., ¿esto es una cana?

Por Dios..., por Dios..., ¡qué horror!

Y, de pronto, me acuerdo de que mi madre siempre me ha dicho que a ella se le llenó la cabeza de canas a partir de que fue madre.

No me jorobes con la genética. Físicamente soy como ella..., ¿me sucederá igual? ¡Ya soy madre!

¡Ay, Diosito!

Angustiada, me estoy observando la maldita cana cuando de pronto cuchicheo:

—Y ahora, encima, Canicienta —y, alertándome, casi grito—: ¿No tendré también en el potorro?

Con más miedo que vergüenza, me lo miro. Por suerte, llevo la depilación brasileña, por lo que pelo hay poco, poquito, y no veo ni una. Respiro. Eso me tranquiliza.

De nuevo, me miro al espejo y la cana que está al lado derecho de mi cabeza parece decirme con descaro: «Hola, soy tu cana, y estoy aquí para recordarte que dentro de dos meses y medio cumplés los treinta».

¡Será perra, la cana!

Durante unos segundos me pregunto si arrancarla o no. Le he oído decir muchas veces a mi madre aquello de que, si te arrancas una cana, te salen diez, y decido no hacerlo para no tentar la suerte.

Más que nada, porque suerte, suerte, lo que se dice suerte... yo no tengo mucha.

No quiero seguir pensando en la cana, ¡me niego!, y me meto directamente en la ducha. Allí me refresco. Oh..., qué placer sentir el agua corriendo por mi cuerpo. Me lavo el pelo y, al salir, me enrolló una toalla en la cabeza mientras me seco.

Una vez me pongo el albornoz, me quito la toalla del pelo y lo primero que vuelvo a ver es la maldita cana. Sigue ahí, reluciente, brillante... Mientras me desenredo el pelo, intento camuflarla como puedo, pero nada... Ella continúa saludándome y, al final, tras cagarme en ella y en toda su familia, la arranco y la tiro a la taza del váter al tiempo que digo:

—En cuanto llegue a Los Ángeles, voy a la peluquería para darme un tinte oscuro. ¡Me niego a ser Canicienta!

Diez minutos después, cuando he conseguido olvidarme de la dichosa cana y me estoy dando crema hidratante en las piernas, suenan unos golpes en la puerta.

—¡Un momento! —grito.

Miro a mi alrededor en busca del albornoz que acabo de quitarme. Lo veo sobre la cama, me lo pongo y entonces descubro el chaleco de Greg, que está tirado en el suelo. Sonrío, lo cojo y, abriendo la puerta sin mirar, pregunto en un tono íntimo y sexual:

—Greg..., machote, ¿vienes a por esto?

De pronto, mis ojos y los oscuros ojos de Andrew, el jefe de seguridad de la gira, chocan, y él responde:

—No soy Greg, soy machote y creo que eso me quedaría pequeño.

Sonríó al oír su comentario.

No voy a negar que la envergadura de Andrew no la tiene Greg ni de lejos y, sin querer ver su mirada de alucine por la información innecesaria que acabo de darle, tiro el chaleco a un lado y pregunto sin dejarlo entrar:

—¿Qué quieres?

Andrew asiente con gesto serio.

—Acabo de enterarme de que vives en Manhattan Beach, al lado de la playa.

Vayaaaaaaaaa, y ¿quién le ha dicho eso? Aun así, sin inmutarme respondo:

—Sí, ¿y?

—Es una buena zona y muy bonita.

—Sí, ¿y? —repito sin entender nada.

—Estoy buscando apartamento y Yanira me ha comentado que tu casero tiene varios apartamentos libres donde tú vives; ¿es cierto?

Mato a Yanira. Juro que la mato. Ella es la única que sabe que Andrew es mi debilidad.

—Philip tiene varios apartamentos libres —respondo como una autómeta—, pero no son baratos. Precisamente por estar donde están, el ca...

—No busco algo barato —me corta ligeramente incómodo. Creo que lo he ofendido—. Busco algo que me guste, y esa zona me gusta.

Asiento. No digo más, ¡vaya corte me ha dado!

—¿Podrías darme el teléfono de tu casero para hablar con él? —me pregunta a continuación.

Bueno..., bueno..., bueno... ¿Andrew, mi vecino? No sé si alegrarme o llorar.

La cabeza me va a mil.

Tener viviendo junto a mí a la tentación personificada, al único hombre en el que repito pensando cuando alguna madrugada utilizo a Ironman, mi vibrador, me descabala. No obstante, como no quiero mostrarle lo confundida que estoy, abro la puerta del todo y digo:

—Pasa. Te lo daré.

Un par de segundos después, oigo cómo la puerta se cierra.

Un poco alterada por estar a solas en mi habitación con el Caramelito de mis fantasías prohibidas, camino hacia la cama, veo mi teléfono al otro lado de la misma y, como suelo hacer, me subo al colchón, paso por encima de él y, tras dar un salto para bajarme, cojo el móvil.

Con disimulo, miro a Andrew a través de las pestañas y veo que me observa entre alucinado e incrédulo por lo que acabo de hacer. Si supiera que mi madre lleva regañándome por pisotear camas desde que era pequeña y me ha dejado por imposible, ¡fliparía!

—Curioso tatuaje, el tuyo.

Cuando lo oigo decir eso, miro mi antebrazo. En él llevo tatuado unas frases que vi en un libro y que me llegaron al corazón por lo que me hicieron sentir.

—No sé si es curioso o no —respondo—, pero a mí me gusta.

—¿Qué pone?

Sonrío. Está en español y no lo entiende.

—Es un proverbio indio.

—¿Indio? —me pregunta sorprendido.

Vale, ya estamos. Cuando me preguntan y digo que es un proverbio indio, la gente me mira con cara de alucine; vamos, con la misma cara con que me miró mi madre el día que lo vio. Sin embargo, no tengo ganas de dar explicaciones, así que respondo:

—Sí, indio. Pero no lo entenderías.

Y doy el tema por zanjado. Paso de explicar lo que pone y, sin querer mirar el desorden de mi ropa, que está desperdigada por todos lados, como una mujer segura de mí misma digo tras rebuscar en mi teléfono:

—¿Tienes papel y boli?

Andrew, que no me ha quitado el ojo de encima y me observa como el que mira a un bicho raro, me enseña su teléfono y dice:

—¿Qué tal si me lo pasas por wasap?

Asiento —¡parezco tonta!— y, acalorada por su presencia, exijo:

—Dame tu teléfono.

Una vez me lo da, le envío la información que me ha pedido y, cuando la recibe, sonrío y, tras señalar la cama deshecha, pregunta con picardía:

—¿Una buena noche?

Uf..., uf..., uf... Decir que no sería una gran mentira, por lo que, con toda la tranquilidad del mundo, respondo:

—Seguro que tan buena como la tuya con la pelirroja.

Andrew sonrío como un canalla. Menea la cabeza y, en un tono íntimo, que consigue que el vello de todo mi cuerpo se erice, contesta:

—La mía ha sido colosal.

Uy..., uy..., ¡será chulito, el colega! Y, como a mí chulería tampoco me falta, sonrío, le guiño un ojo y en plan sobradita afirmo:

—Si ha sido la mitad de increíble que la mía, ¡qué buena noche! Es más, creo que hoy mismo repito.

Mentira y gorda. Esta noche voy a dormir con mi pequeña y, estando ella en casa, allí no se baja nadie los calzoncillos o le corto la chorra.

Andrew me mira. No sé lo que piensa y, después de asentir, da un paso atrás y dice:

—Gracias por el teléfono. Llamaré a tu casero.

Luego da media vuelta y, sin decir ni una palabra más, se marcha.

Cuando cierra la puerta, respiro. Nunca había vuelto a estar a solas con él en una habitación y, aunque esta vez hemos estado vestidos y no nos hemos tocado, en cuanto se va suspiro, resoplo y me doy cuenta de lo mucho que me altera su presencia.

Una hora más tarde, cuando llego al autocar donde están los componentes de la gira de mi amiga Yanira, ésta me mira, sonrío y, acercándose a mí, dice al tiempo que me entrega un *frappuccino* del Starbucks que hay al final de la calle:

—Con moca, como a ti te gusta.

—Graciassssssss —respondo, y le doy un trago a la bebida—. Pero te voy a matar.

—¿Por? —La miro. No digo nada y, finalmente, sonriendo, ella dice—: Venga ya.